

El sentido de la cruz según San Agustín

–Creo que fue crucificado, muerto y sepultado–

RESUMEN

San Agustín se pregunta sin cesar sobre el sentido de la muerte de Cristo en la cruz. La respuesta la encuentra en San Pablo: "Nueva Creación". Dios ha creado al mundo. Todos los seres llevan grabada en sí la huella del Verbo "por quien todo ha sido hecho". Todo es palabra de Dios. Surge el pecado y con el pecado la obscuridad y la desorientación. El hombre se siente perdido, desorientado en este mundo y no cesa de preguntarse sobre el sentido de su vida. Dios no abandona al hombre. Le ofrece la luz de la Escritura, más aún el Verbo mismo, por quien todo ha sido hecho, se hace hombre, más aún muere para dar muerte a la muerte, muerte al pecado. La cruz es la muerte del orgullo, de la soberbia. En ella vuelve a brillar la luz del don, de la entrega, de la gratuidad. Con ella surge una nueva creación más resplandeciente que la primera. "El que nos creó, nos recreó por la cruz".

PALABRAS CLAVE: Cruz, triduo pascual, creación, pecado, misericordia, sacrificio.

ABSTRACT

St. Augustine is asking himself without ceasing the meaning of the death of Christ on the cross. He finds the answer in St. Paul: "New Creation". God has created the world. All things got engraved into themselves as footprint of the Word. "for whom all has been made". All is the Word of God. The sin emerges and with the sin come darkness and confusion. The man feels lost, disoriented in this world, and does not cease to ask himself the meaning of life. God does not abandon man. He offers him the light of the Scripture, even de Word Itself for whom all things were made. He made Himself man, even more He killed death itself, He killed sin. The cross is the death of pride, of arrogance. In it shines again the lights of pride, of arrogance. In it shine again the lights of the gift, o the surrender, of the arrogance, of gratuity. With it a new creation emerges more radiant than the first one." He who created us, recreated us by the Cross".

KEY WORDS: Cross, Paschal Tridumm, Creation, Sin, Mercy, Sacrifice.

INTRODUCCIÓN

El misterio pascual de la muerte y la resurrección de Cristo constituye el centro y, a la vez, el fundamento de la fe cristiana. “*Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana: estais todavía en vuestros pecados*” (1 Cor 15, 17), afirma San Pablo.

Para San Agustín la pasión y la muerte de Cristo en la cruz no se reducen única y exclusivamente al hecho histórico en sí mismo. Es preciso conocer su sentido, su por qué y su para qué. De hecho, San Agustín después de haber expuesto a sus fieles los sufrimientos de Cristo en la cruz se plantea el problema de su sentido. Repetidas veces se pregunta sobre el “por qué” de tanto sufrimiento.

“Habéis oído qué cosas ha padecido, y qué ha pedido para ser librado de esas. Fijémonos ahora en por qué ha padecido. Primero advertid esto, hermanos. Quien no se halle en el lote de aquellos por quienes sufrió Cristo, ¿por qué es cristiano? Mirad, ya hemos entendido sus padecimientos: contaron sus huesos, fue objeto de mofa, dividieron sus ropas, echaron a suertes su túnica, le rodearon furioso y sañudos, y se dispersaron todos sus huesos. Lo hemos oído aquí y lo leemos en el evangelio. Veamos por qué. ¡Oh, Cristo, ¡Hijo de Dios! Si no hubieras querido no habrías sufrido. Manifiéstanos el fruto de tu pasión. Escucha, dice, el fruto. Yo no lo callo, pero los hombres están sordos. Escucha, dice, el fruto por el que padecí todas esas cosas. *Hablaré de tu nombre a mis hermanos*. Veamos si a sus hermanos habla del nombre de Dios en una parte. *Hablaré de tu nombre a mis hermanos; en medio de la Iglesia te ensalzaré cantando*. Esto sucede ahora mismo. Pero veamos de qué Iglesia se trata, puesto que ha dicho: *En medio de la Iglesia te ensalzaré cantando*. Veamos la Iglesia, por la que ha padecido” (En. Ps. 21, II, 23).

De una forma aún más precisa San Agustín expone en su *Enarración al Salmo 70* el “por qué” de la Pasión de Cristo:

“¿Cristo qué es? *En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella, al principio estaba con Dios. Todo fue hecho por medio de ella, y sin ella nada se hizo*. ¡Qué grandioso, qué sublime es esto! Y tú, cautivo, ¿qué eres? ¿Dónde te encuentras caído? En

la carne, sometido a la muerte. ¿Quién es, por tanto, él? ¿Y quién eres tú? ¿Y él qué será después? ¿Y por quién? ¿Quién es él, sino lo que se acaba de decir: *¿La Palabra?* ¿Qué Palabra, no sea que quizás suene y desaparezca? Es la Palabra Dios con Dios: la Palabra por medio de la cual todo ha sido hecho. ¿Y qué ha sucedido por ti? *Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros. El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos iba a dar con él todas las cosas?* Aquí está qué es, quién es, y por quién. ¡El Hijo de Dios se hizo carne por el pecador, por el malvado, por el desertor, por el soberbio, por el loco imitador de su Dios! ¡Se hizo lo que tú eres, hijo de hombre, para que nosotros llegáramos a ser hijos de Dios! [...] Tomó de ti aquello en lo cual moriría por ti. Tomó de ti lo que debía ofrecer por ti, con cuyo ejemplo te enseñase. ¿Qué te enseñaría? Que tú has de resucitar. ¿Cómo lo creerías, si no hubiera precedido una muestra de carne, tomada de la agrupación de tu muerte? Luego en él hemos resucitado por primera vez; porque cuando Cristo resucitó, también hemos resucitado nosotros. La Palabra no murió y resucitó; sino que fue la carne la que murió y resucitó en la Palabra. Cristo murió en aquello que tú has de morir, y resucitó en lo que tú has de resucitar. Con su ejemplo te enseñó lo que tú no debes de temer, y en lo que debes esperar. Temías la muerte: él murió. Desconfiabas de la resurrección: él resucitó. Pero me dirás: Él resucitó; ¿Y yo? Pero, atención: él resucitó en lo que tomó de ti por ti. Luego tu naturaleza te precedió en él; y lo que tomó de ti ascendió al cielo antes que tú; en él, pues, también tú ascendiste. De ahí que ascendió primero él, y en él también nosotros, porque aquella carne es la carne del género humano. Luego al resucitar él, fuimos rescatados de los abismos de la tierra” (En. Ps. 70, II, 10).

Es cierto que buscando el sentido de la pasión y de la muerte de Cristo se han propuesto diferentes interpretaciones: testimonio vivo del supremo Amor de Dios, reconciliación de Dios con los hombres, sacrificio de expiación con relación a los pecados. Para San Agustín el sentido de la cruz se nos da ya en las primeras páginas del Génesis. Es a la luz de la creación cómo la cruz y la resurrección de Cristo adquieren su pleno sentido. Siguiendo a San Pablo son una nueva creación (Ga 6, 1; 2Co 5, 17; Eph 2, 10).

“*La tierra está llena de tus criaturas.* Llena está la tierra de la creación de Cristo. ¿Y de qué modo? Tal como lo vemos. ¿Qué hay que no haya sido creado por el Padre por medio de su Hijo? Todo lo que anda y

repta por la tierra, todo lo que nada en el agua, todo lo que vuela por los aires, lo que da vueltas en el cielo, y mucho más en la tierra; todo el mundo ha sido creado por Dios. Pero aquí se da a conocer no sé qué criatura nueva, de la cual dice el Apóstol: *Si uno está en Cristo, es una nueva criatura; pasó lo viejo, todo es nuevo, y todo procede de Dios*. La nueva criatura hecha por él, son todos los que creen en Cristo, que se despojan del hombre viejo y se visten del nuevo. *Llena está la tierra de tus criaturas*. En un lugar de la tierra fue crucificado el Señor, en un pequeño lugar cayó aquel grano en la tierra y allí murió; pero produjo un gran fruto” (En. Ps. 103, 3, 26).

“Cristo había de venir en la senectud del mundo. Vino cuando todo envejecía y te hizo nuevo. Como realidad hecha, creada, perecedera, ya se inclinaba hacia el ocaso. Era de necesidad que abundasen las fatigas; vino él a consolarte en medio de ellas y a prometerte el descanso sempiterno. No te adhieras a este mundo envejecido y anhela rejuvenecer en Cristo, que te dice: «El mundo perece, el mundo envejece, el mundo se viene abajo y respira con dificultad a causa de su vejez. No temas; tu juventud se renovará como la del águila» (S. 81, 8).

“Quien os creo y os recreó os conoce. Si sólo os hubiese creado, pero no recreado, formaríais parte de la masa de la perdición” (S. 260 D, 2).

Podemos acercarnos al pensamiento de San Agustín sobre estos misterios a la luz de sus Sermones. Los Sermones de san Agustín no son reflexiones puramente teológicas o doctrinales. Están dirigidos a un pueblo concreto, a los fieles de Hipona, para formarlos y fundamentarlos en la fe. Ahora bien, comprender el pensamiento de San Agustín exige conocer las circunstancias concretas en las que se encontraba en aquel momento la iglesia de Hipona.

Los fieles de Hipona convivían con todo un conjunto de personas que rechazaban la muerte y la resurrección de Cristo y, por lo mismo, el fundamento mismo de la fe cristiana. San Agustín es plenamente consciente de este peligro para la fe de sus fieles.

En Hipona se encontraban algunos discípulos de Fotino, los llamados “docetas”. Estos juzgaban que el cuerpo de Cristo era mera apariencia. Negaban, por lo mismo, la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo. En Hipona estaban fuertemente establecidos los maniqueos. Para los mani-

queos Cristo no había nacido de una mujer, la Virgen María, ni había sido bautizado. Sufrir la pasión, ser crucificado, morir no había sido más que pura ficción, pura apariencia. Por otra parte, los donatistas se encontraban establecidos en Hipona. Para ellos Cristo no había muerto para la salvación de todos los hombres, sino única y exclusivamente para los miembros de su secta, para los miembros de la Iglesia donatista¹.

Frente a este ambiente, por otra parte, sumamente activo en Hipona, San Agustín quiere informar y formar a sus fieles sobre la verdad de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Esta es la razón por la cual insiste con fuerza e intensidad en sus sermones sobre la corporeidad y la divinidad de Cristo incluso en su resurrección e igualmente sobre la universalidad de la salvación.

Centramos nuestro trabajo fundamentalmente en los *Sermones ad populum*, es decir, en aquellos sermones que San Agustín pronunció durante la liturgia de la Semana Santa a partir de la lectura o lecturas de la Palabra de Dios e, igualmente, en sus *Comentarios o Enarraciones de los Salmos* como en sus *Comentarios al Evangelio y a la Primera Carta del Apóstol San Juan*.

EL TRIDUO PASCUAL EN HIPONNA

La celebración de la fiesta de Pascua, “*tota paschalis solemnitas*” (S. 210, 9) es la celebración más importante de la religión cristiana. San Agustín lo afirma con suma frecuencia. Más que una fiesta, dirá, Pascua es una “solemnidad”. En la Carta a Jenaro (Ep 55) muestra con claridad y precisión la diferencia que existe, por ejemplo, entre la fiesta de Navidad en donde hace memoria del nacimiento de Cristo y la fiesta de Pascua en la que se celebra la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo. Pascua es mucho más que un recuerdo o “hacer memoria”, es un “sacramento”, un acontecimiento histórico por el que Dios realiza una acción para salvar o liberar al hombre del poder del pecado. El hecho histórico, pasión muerte y resurrección de Cristo, es reemplazado por la acción litúrgica,

¹ BIZZOZERO, A., *Il Mistero Pasquale di Gesù Cristo e l'esistenza credente nei Sermones di Agostino*, Peter Lang, Frankfurt am Main 2010, pp. 225-243.

por la Eucaristía. Cambia el hecho o acontecimiento histórico y permanece la acción de Dios (Ep. 55, 2)².

San Agustín habla de la pasión y de la muerte de Cristo como elementos que pertenecen a la Pascua, como el tiempo del sufrimiento y de la tribulación, pero, a la vez, orientados hacia la Resurrección y, por lo mismo, llenos de esperanza en la nueva vida que Dios nos otorga, como el paso de la muerte a la Vida.

“La pasión del Señor simboliza el tiempo en que lloramos aquí. Los azotes, las cadenas, burlas, esputos, la corona de espinas, el vino con hiel, el vinagre en la esponja, los insultos, los oprobios y, finalmente, la misma cruz y los santos miembros que penden del madero, ¿qué otra cosa nos simboliza sino el tiempo presente, tiempo de tristeza, de mortalidad y de prueba? En consecuencia, tiempo feo; pero esta fealdad del estiércol esté en el campo, no en la casa. Que la tristeza provenga de los propios pecados, no de las ambiciones insatisfechas. Tiempo feo, pero fértil, si es bien empleado. ¿Hay cosa más repulsiva que un campo abonado? Hermoso estaba el campo antes de recibir los cestos de abono. Al campo se le hace antes feo para que luego se convierta en fértil. La fealdad es, pues, un símbolo del tiempo presente; conviértese, sin embargo, esta fealdad en tiempo de fertilidad para nosotros. Y veámosle en compañía del profeta que dice: Le vimos. ¿Cómo? Sin honra ni hermosura. ¿Por qué? Pregunta a otro profeta: Contaron todos mis huesos. Se contaron todos los huesos del colgado del madero. Horrible vista la de un crucificado, pero esa fealdad engendra belleza. ¿Qué belleza? La de la resurrección, puesto que es más hermoso que los hijos de los hombres” (S. 254, 5).

La pasión es ante todo tiempo de esperanza. Nos conduce a la resurrección. Es preciso vivir la pasión de Cristo fijando los ojos no en la cruz sino en la resurrección. La pasión y la muerte de Cristo solo adquieren pleno sentido a la luz de la Resurrección.

“Me has guiado, porque te has hecho mi esperanza. Si no se hubiera hecho nuestra esperanza, no se habría hecho nuestro guía. Nos con-

² TORRA BITLLOCH, J., *La sacramentalitat de la Pascua en les Cartes 54 i 55 de Sant Agustí*, Barcelona 2017.

duce como guía, y en sí nos lleva como camino, y hacia él nos conduce como patria nuestra que es. Nos guía, sí; Pero ¿cómo? Porque se ha hecho nuestra esperanza. ¿Y cómo se hizo? Del modo que habéis oído: porque fue tentado, porque padeció, porque resucitó. Es así como se hizo nuestra esperanza” (En. Ps. 60, 4).

Las fiestas pascuales en Hipona³

La solemnidad de Pascua venía precedida por el tiempo de Cuaresma. Cuaresma era un tiempo sagrado: “*Hi sunt enim dies sacratissimi toto orbe terrarum*” (S. 209, 1). Era un tiempo de penitencia, de ayuno, de oración y de limosna. A lo largo de la Cuaresma aquellos que iban a recibir el bautismo en la noche de Pascua recibían una formación sobre el “Credo”: sobre lo que tenían que creer; sobre los Mandamientos del Señor: cómo tenían que obrar y sobre el “Padre-Nuestro”: cómo tenía que orar.

Siete días antes como siete días después de Pascua eran días festivos. Durante esos días no se podían celebrar ni procesos judiciales ni festividades paganas. La Cuaresma finalizaba con “el triduo más sagrado del Señor crucificado, muerto y resucitado” y estaba constituido por el Viernes, Sábado y Domingo de Pascua.

“Considera ahora ese sacratísimo triduo del Señor crucificado, sepultado y resucitado. El primer día, que significa la cruz, transcurre en la presente vida; los que significan la sepultura y la resurrección los vivimos en fe y en esperanza” (Ep. 55, 24).

A este triduo sagrado es preciso añadir el Miércoles santo. En él se hacía memoria de la decisión de dar muerte a Jesús y, a la vez, de la unción de Cristo por María Magdalena en Betania. Era un día de ayuno y penitencia.

San Agustín no introduce el Jueves santo, día de la “cena dominica” (Ep 54, 10), dentro de la liturgia del “triduum” sagrado: “*sacratissimum triduum crucifixi, sepulti, suscitati*” (Ep. 55, 24).

El Jueves santo entró a formar parte del “triduum pascual” mucho más tarde, en el siglo IX, en el momento en que se pasó la Vigilia de Pascua a

3 POQUE, S., *Augustin d'Hippone, Sermons pour la Pâque*, S. C., Paris 1966, pp. 9-153.

la mañana del Sábado santo. A partir de ese momento el “triduum pascual” no comprendía, como en la época de San Agustín, el Viernes santo, Sábado santo y Domingo de Pascua, sino el Jueves santo, el Viernes santo y el Sábado santo. Estaba centrado en la muerte de Cristo y no en su resurrección. Pascua pasó a significar única y exclusivamente el Domingo de Pascua. Muy diferente era en la época de San Agustín en donde “el triduo sagrado” estaba centrado en el Domingo de Pascua.

Con el Viernes santo comenzaba por consiguiente el “triduo sagrado”.

“Se celebra la pasión del Señor: es tiempo de lamentarse, tiempo de llorar, tiempo de confesar y suplicar. ¿Y quién de nosotros es idóneo para derramar lágrimas según el mérito de dolor tan grande? ¿Pero qué ha aseverado hace un momento el profeta? *¿Quién dará agua a mi cabeza y a mis ojos una fuente de lágrimas?* Si verdaderamente hubiera en nuestros ojos una fuente de lágrimas, ni siquiera esta bastaría” (En. Ps. 21, II, 1).

El Viernes Santo era considerado como solemnidad. En él se tenía la celebración de la Palabra y una homilía. Sobre las Lecturas de este día sabemos con certeza que una de ellas era la Pasión de Cristo según alguno de los Evangelios. En África se leía con preferencia la Pasión según el Evangelio de San Mateo ⁴.

“Con toda solemnidad se lee y se celebra la pasión de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador, cuya sangre purgó nuestros delitos. El objetivo es que esta devota práctica anual renueve nuestra memoria y que, al acudir tanta gente, la proclamación de nuestra fe alcance mayor gloria. La solemnidad misma me exige que os dirija un sermón sobre la pasión del Señor, según él me lo conceda” (S. 218, 1).

“En cuanto a la pasión, como sólo se lee un día, es costumbre que sea la narrada por Mateo. Tiempo atrás había deseado que la pasión se leyese cada año según un evangelista distinto. Y se hizo; pero, al no oír los asistentes lo acostumbrado, quedaron desorientados” (S. 232, 1).

⁴ WILLIS, G. G., *St. Augustine's Lectionary*, London 1960; MARCONI-KÖGLER M., *Die Perkopen im Gottesdienst bei Augustinus. Ein Beitrag zur Erforschung der liturgischen Schriflesung in der frühen Kirche*, Wien 2010.

Conservamos cuatro sermones que San Agustín predicó el Viernes santo: 218, 218A, 218B y 218 C. En estos sermones San Agustín llama sobre todo la atención de sus fieles sobre la Resurrección de Cristo. La cruz solo es escándalo para los paganos. Para los que creen, para los cristianos, es una promesa y seguridad de la gloria: “*titulus gloriae*”, “*fiducia gloriae*”.

El Sermón 218 es un comentario de la Pasión según el Evangelio de San Juan. Lo predicó, quizás, en el momento en que San Agustín deseaba cambiar la lectura de la Pasión según San Mateo por la lectura de la Pasión según algún otro de los Evangelios. Lo predicó ciertamente en un Viernes santo según lo afirma él mismo. En él hace referencia a los diferentes acontecimientos de la pasión de Cristo según los narra San Juan y a continuación hace un breve comentario espiritual de cada uno de esos hechos o acontecimientos de la pasión. Del Sermón 218A solo conservamos algunos fragmentos. El Sermón 218B se juzga que fue predicado el Viernes santo del año 397. San Agustín mismo afirma:

“Hoy celebramos con toda solemnidad el misterio grande e inefable de la pasión del Señor. Misterio que, a decir verdad, nunca se aparta ni del altar al que asistimos, ni de nuestra boca y frente, para que retengamos siempre en el corazón lo que continuamente nos presentan también los sentidos del cuerpo” (S. 218B, 1).

Este Sermón se fundamenta en el Salmo 21 y de forma particular en los versículos 17-19 y 28-29.

San Agustín llama a la celebración del Viernes santo “sacramento grande e inefable” (*magnum et ineffabile sacramentum*). La liturgia del Viernes santo hace presente el misterio que en ella se celebra: la muerte de Cristo en la cruz. Lo que evocan los ritos, las lecturas, los cantos y las oraciones se realiza en la celebración litúrgica. Los verbos que emplea San Agustín hacen todos ellos referencia a “hacer memoria.”

El tema de la reflexión de San Agustín en este Viernes santo es, sobre todo, el de los frutos de los sufrimientos de Cristo en la cruz. Estos frutos son presentados como “*salus nostra*”, la salvación que el Señor nos ha otorgado. Y esto es motivo de gran alegría. Este Sermón muestra con claridad que el Viernes santo se encuentra dentro del proyecto de Dios sobre nuestra salvación.

En este Sermón San Agustín hace, en primer lugar, un comentario de 1 Co 1, 23-25: “La debilidad y la locura de Dios han sido victoriosas”. A continuación, comenta los versículos 17-19 del Salmo 21. Estos versículos son una profecía sobre algunos detalles de la pasión según son narrados por los diferentes Evangelios. Estos detalles anunciados (*praenuntiata*) en el Salmo 21 y que se realizan en la pasión (*impleta*) revelan ciertamente el proyecto divino de salvación.

El Salmo 21 era proclamado o cantado en la liturgia del Viernes santo. Al comentar alguno de sus versículos San Agustín llama la atención de sus fieles sobre el comportamiento de los judíos, enemigos de “la Cabeza de la Iglesia”, es decir, Cristo, e igualmente sobre el comportamiento de los donatistas, enemigos del “Cuerpo de Cristo”, la Iglesia. Los donatistas afirmaban que la Iglesia era exclusivamente su pequeña iglesia particular de África. Ante ello Agustín llama la atención sobre el símbolo de la túnica de Cristo, tejida de arriba hacia abajo. Esta túnica es la expresión “de la caridad y de la unidad de la Iglesia”. “*Charitas*” y “*Unitas*” desempeñan una función de suma importancia en el pensamiento de Agustín. Son como dos caras de una misma realidad. No se las puede separar. Y finaliza su sermón con la idea que expuso en el comienzo mismo del sermón: no es suficiente hacer conmemoración de los sufrimientos de Cristo exclusivamente en el Viernes santo; es necesario vivir día a día este misterio mediante una vida santa: “*Non semel in anno, sed continua sanctitate*”.

En este Sermón encontramos tres partes. En la primera de ellas se pone en contraste la actitud de los judíos frente a la actitud de los cristianos. En la segunda parte, apoyándose en el salmo 21, muestra cómo este Salmo anuncia, e incluso con detalle, la pasión de Cristo. En la tercera parte hace referencia a los donatistas mostrando que los frutos de la muerte de Cristo en la cruz son la universalidad de la redención, la caridad y la unidad de la Iglesia.

El Sermón 218C fue predicado por San Agustín en un Viernes santo, en una fecha anterior al 410. En él evoca no pocos temas que desarrollará ampliamente en otros escritos e incluso en varios de sus sermones. En primer lugar, la búsqueda de la felicidad. El deseo de la felicidad es el deseo más profundo y radical del hombre. Este deseo no se sacia más que en Dios, participando de la misma vida de Dios, de su gloria, de la Resurrección de Cristo. Dios hizo al hombre a su imagen. La perfección de la imagen radica

en la fidelidad a su modelo. El hombre, imagen de Dios, encuentra su perfección única y exclusivamente en Dios. Dios es Amor sin límites y, por lo mismo, don sin límites. Pero el hombre a causa del pecado se cierra sobre sí mismo. Busca su perfección, su gloria exclusivamente en sí. Pero vivir lejos de Dios es vivir lejos de sí mismo. Sin embargo, Dios no abandona al hombre. No cesa de venir en su ayuda. Viene en primer lugar a través de Cristo, Verbo de Dios. Cristo deja su cielo, su gloria y viene a nosotros para dar muerte a la muerte, para dar muerte al pecado, para liberarnos de él y abrirnos de nuevo a Dios. A través del misterio de su Encarnación y, sobre todo, por su muerte en la cruz da muerte a la muerte y nos hace partícipes de su Resurrección, de su Vida.

Frente a las múltiples dificultades y sufrimientos que encontramos a lo largo de la vida, puede surgir, y de hecho surge, la duda sobre nuestra liberación por la cruz e incluso sobre la promesa de otorgarnos la Resurrección y la Vida. En este Sermón San Agustín afirma y confirma la virtud de la esperanza de sus fieles frente a las múltiples dificultades que encontramos en la vida de cada día.

Para hacer comprensible la acción de Cristo en nuestra vida, liberarnos de la esclavitud del pecado, San Agustín toma como ejemplo una acción comercial sumamente presente en Hipona, puerto marítimo comercial, el intercambio de mercancías. Presenta a Cristo como un mercader, "mercator". Esta imagen de Cristo "mercator" se encuentra presente con suma frecuencia en toda su obra⁵. A Cristo le entregamos nuestro pecado, nuestra muerte y, en intercambio, él nos da su Vida.

“Así, por tanto, se dirige a nosotros, en cierta manera, el Señor, nuestro Dios y nuestro Salvador, diciéndonos: «¡Oh hombres!; yo hice al hombre derecho, y él se torció. Os apartasteis de mí y perecisteis en vosotros. Mas yo he de buscar lo que se había perdido. Os alejasteis de mí, dijo, y perdisteis la vida: *Y la vida era la luz de los hombres*. Ved lo que dejasteis cuando perecisteis todos en Adán. *La vida era la luz de los hombres*. ¿Qué vida? *En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios*. Ella era la vida, mientras vosotros yazáis en vuestra muerte. La Palabra no tenía en qué morir; tú, hombre,

⁵ POQUE, S., «Christus Mercator: Notes Augustiniennes», en *Recherches de Science Religieuse* 48 (1960) 564-577.

no tenías de qué vivir. Porque Cristo el Señor se ha dignado, recibí sus palabras; si él recibió las mías, ¡cuánto más yo las tuyas! Hablando, por así decir, a las cosas mismas en silencio, dice Cristo el Señor: «No tenía en qué morir; tú, hombre, no tenías de qué vivir; asumí de ti en qué morir por ti; asume tú de mí de qué vivir conmigo. Hagamos un contrato: yo te doy a ti y tú me das a mí. Yo recibo de ti la muerte; recibe tú de mí la vida. Despierta; mira lo que te doy y lo que recibo. Siendo excelso en el cielo, he recibido de ti la humildad sobre la tierra; soy tu Señor, y he recibido de ti la forma de siervo; soy tu salud, y he recibido de ti tus heridas; soy tu vida, y he recibido de ti la muerte. Siendo la Palabra, me hice carne para poder morir. Junto al Padre no tenía carne; la tomé de tu masa para donártela –la virgen María era de nuestra masa; allí asumió Cristo la carne de nosotros, es decir, del género humano–. Recibí de ti la carne en que morir por ti; recibe de mí el espíritu vivificador de qué vivir conmigo. Para acabar, he muerto en lo tuyo; vive tú de lo mío» (S. 375 B, 5).

Su muerte fundamenta nuestra esperanza. Llenos de alegría tenemos que proclamar la muerte de Cristo en la cruz. La cruz es nuestra gloria, nuestra salvación. La cruz ha de ser siempre verdadero motivo de alegría. Es el trofeo de la victoria contra el poder del Demonio. Es el testimonio del amor, de la misericordia sin límites de Dios. El Viernes santo no es día de tristeza o de dolor. Es y ha de ser día de alegría, el día de nuestra liberación de la muerte, de nuestra participación de la vida de Dios.

“Así, pues, no sólo no debemos avergonzarnos de la muerte del Señor, nuestro Dios, sino más bien poner en ella toda nuestra confianza y nuestra gloria. En efecto, recibiendo de nosotros la muerte que encontró en nosotros, hizo una promesa totalmente fidedigna de que nos ha de dar en él la vida que no podemos obtener de nosotros. Quien nos amó tanto que, sin tener pecado, sufrió lo que los pecadores merecimos por el pecado, ¿cómo no va a darnos lo que da a los justos él que nos justifica? ¿Cómo no va a cumplir su promesa quien promete sinceramente dar el galardón a los santos, él que, sin cometer maldad alguna, sufrió el castigo que merecían los malvados? Sin temor alguno, confesemos, o más bien profesemos, hermanos, que Cristo fue crucificado por nosotros; digámoslo llenos de gozo, no de temor; cubiertos de gloria, no de bochorno” (S. 218C, 2).

Para que la alegría de la cruz sea verdadera es preciso que vaya acompañada de la paciencia y de la humildad. Cristo, elevado en la cruz, frente a los sufrimientos extremos que le atormentaban tenía el poder de liberarse de ellos, de bajar de la cruz. Y, sin embargo, no lo hace para enseñarnos, no con palabras sino con el ejemplo, a llevar con paciencia las múltiples dificultades y sufrimientos que encontramos a lo largo de la vida. Es necesario tener los ojos fijos en el fin de nuestra esperanza, en la Resurrección y en la gloria de la patria futura.

Pero la cruz tenemos que saber vivirla igualmente con humildad. No podemos gloriarnos en la cruz de Cristo a no ser que seamos sumamente conscientes de nuestros pecados, de los pecados por los que precisamente Cristo murió. La gracia de la liberación del pecado no viene de nosotros, sino de él. Gloriar en la cruz de Cristo es gloriar de la gracia que nos ha otorgado. Al final del sermón San Agustín insiste en la paciencia y en la humildad que han de acompañar toda nuestra vida.

“Gloriémonos, pues, también nosotros en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para nosotros y nosotros para el mundo. Cruz que hemos colocado en la misma frente, es decir, en la sede del pudor, para que no nos avergoncemos. Y si nos esforzamos por explicar cuál es la enseñanza de paciencia contenida en esta cruz o cuán saludable es, ¿encontraremos palabras adecuadas a los contenidos o tiempo adecuado a las palabras? ¿Qué hombre que crea con toda verdad e intensidad en Cristo se atreverá a enorgullecerse, cuando es Dios quien enseña la humildad no sólo de palabra, sino también con su ejemplo?” (S. 218C, 4).

El Sábado santo prolonga y profundiza al Viernes santo. Jesús muerto es colocado en un sepulcro y este sepulcro es cerrado con una gran losa. “*Et sepultus est*”. Este hecho, “*et sepultus est*”, es la expresión clara y precisa de la realidad de la pasión y de la muerte de Cristo. El sufrimiento aísla de todo y de todos. Anula toda palabra, impide toda comunicación. Pero si el sufrimiento nos deja sin la palabra no es porque quien sufre se encuentre en la imposibilidad de pronunciar, de articular una palabra. Es porque las palabras se vacían de sentido. Quien sufre no encuentra palabras para expresar lo que siente. La comunicación se hace vacía. Lo único que hace posible la comunicación con aquel que sufre es una presencia acogedora. Quien sufre se encuentra en la soledad. El sufrimiento tiene efectos psico-

lógicos sumamente diferentes a de los de la felicidad o el bienestar. El dolor está, en primer lugar, localizado en una parte concreta de nuestro cuerpo. Nos centra y nos concentra sobre el miembro enfermo. Nos aísla de todo y de todos. Nos introduce en un mundo de silencio y de soledad. Es, en cierto modo, la presencia de la muerte en la vida. La muerte es la incomunicación total, absoluta. Frente a la persona que acaba de fallecer podemos hablarle, llorar, besarla, y siempre encontramos el silencio como respuesta. El poeta ha dicho: “¡Qué solos se quedan los muertos!”. Pero en realidad tendría que haber dicho: “¡Qué solos nos quedamos nosotros!”. Ante la persona que acaba de fallecer chocamos con la oscuridad y el silencio. Es la expresión de lo que quiere decir “*et sepultus est*”.

“¿Cómo muere el cuerpo? Si lo abandona el alma. Si lo abandona el alma –repite– muere el cuerpo, y queda un cadáver, poco antes apetecible, ahora despreciable. Tiene miembros, ojos, oídos; pero son las ventanas de la casa, el inquilino se ha ausentado. Quien llora al muerto, en vano llama a las ventanas de la casa: dentro no hay nadie que escuche. ¿Cuántas cosas dice el afecto de quien lo llora, cuántas cosas enumera, cuántas recuerda, y con qué delirio de dolor –por decirlo así– habla, como si el muerto sintiera, cuando habla a un ausente? Enumera las costumbres y los signos de benevolencia que le manifestaba: «tú eres quien me diste aquello, quien me ofreciste esto y lo otro, quien me has amado así y así». Pero si atiendes, si entiendes, si reprimes tu delirio de dolor, quien te ha amado se fue; en vano insistes en llamar a la casa, en la que no puedes hallar al inquilino” (S. 65, 5).

Jesús en el sepulcro participa en plenitud de nuestra naturaleza humana. Asume nuestra naturaleza hasta el extremo, hasta la soledad total como es la soledad de la muerte, como es la soledad del sepulcro. Y he aquí que Jesús habita en ese momento entre los muertos.

“Veamos, pues, los contratos mediante los que fuimos rescatados. Después de haber proclamado en el Símbolo: «*Nació del Espíritu Santo y de la virgen María*», digamos ya qué sufrió por nosotros. Prosigue: «*Fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato y fue sepultado*». ¿Qué he dicho? ¿Qué fue crucificado el Hijo único de Dios, nuestro Señor? ¿Qué fue sepultado nuestro Señor, el Hijo único de Dios? Fue crucificado el

hombre: Dios no cambió ni murió y, sin embargo, en cuanto hombre sufrió la muerte» (S. 213, 4).

Jesús, por el misterio de su Encarnación, tomó sobre sí mismo todas nuestras soledades, incluso las más extremas como la del Huerto de los Olivos o la de su muerte en la cruz o, sencillamente, la del sepulcro. Lo esencial de la pasión es menos el sufrimiento físico que la soledad más profunda y radical que le hizo gritar: «*Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado*» (Mt 15, 30).

Jesús, a lo largo de su pasión guarda silencio. Su silencio no es el signo de que nos abandona o se aleja de nosotros, sino que quiere instruirnos. Su silencio tiene un sentido. El silencio de Cristo a lo largo de la pasión revela la salvación de los hombres. Es un sacramento, «*sacramentum passionis*». El silencio de Jesús es sumamente elocuente.

“El Señor, al ocultar con este silencio el misterio de su venerable pasión, hace volver al orden de su misericordia y providencia la voluntaria ruina del hermano, esto es, el abominable delito de su traidor, de modo que, lo que con perversa intención él hacía para destrucción de *un solo hombre* este con providente gerencia lo dirigía hacia la salvación de todos los hombres” (En. Ps. 7, 1).

La cruz es la soledad en la que, con frecuencia, con suma frecuencia se encuentra el hombre. Esta soledad no desaparece con razonamientos, sino con la presencia de alguien que ama. Pero si hay una soledad que ninguna palabra, ninguna presencia de ayuda o consolación logra entrar en ella, esta soledad total, absoluta es precisamente el infierno. El infierno es la soledad que el amor no llega a calentar, allí en donde el amor no tiene acceso. Y he aquí que Jesús, a través de su pasión, llega incluso a franquear la puerta del infierno. “*Descendió a los infiernos.*” Se hizo presente y ofreció su mano a los que allí se encontraban para que pudiesen salir.

“Mejor te levantas si te ayuda el que no cae. Cristo, que no podía caer, descendió hasta ti. Tú caíste; él bajó y te alargó la mano. Como tú, por ti mismo no puedes levantarte, estrecha la mano del que vino a ti; te levantará el fuerte» (En. Ps. 95,7).

La palabra de Jesús se hizo oír en medio de la soledad, del silencio. El Evangelio dice: “*Y he aquí que el velo del templo se rasgó en dos de arriba a abajo, la tierra tembló, las piedras se desgajaron, las tumbas se abrieron y los cuerpos se levantaron, unas personas santas que descansaban en paz salieron de las tumbas entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchas personas*” (Mt 27, 52-53). Es la expresión más clara del sentido cristiano del sufrimiento. En lugar de encerrarnos en nosotros mismos, nos abre a los otros.

El sufrimiento se rasga como el velo del templo para mostrar la presencia de Dios. Jesús descendió al reino de la muerte como Redentor para liberar las almas de los que allí se encontraban encerrados. “*Descendió a los infiernos*” para San Agustín pertenece a la fe. La Sagrada Escritura da testimonio de ello con claridad (1P, 18-22).

“Está bien probado que el Señor, muerto en su carne, bajó a los infiernos. En efecto, no podemos contradecir a la profecía que dice: *Porque no dejarás a mi alma en el infierno*. El mismo Pedro lo expone en los Hechos de los Apóstoles para que nadie ose entenderlo de otro modo, ni desigure las palabras de Pedro mismo en las que afirma que *se libró de los dolores del infierno, pues era imposible ser retenido en ellos*. ¿Quién, si no es un infiel, negará que Cristo estuvo en los infiernos? “(Ep. 164, 3)⁶.

Hay una relación sumamente estrecha entre la actitud de Jesús en la cruz y su actitud en el sepulcro. Sobre la cruz Jesús se olvida de sí mismo, de su sufrimiento. No piensa más que en las personas que se encontraban a su lado y en primer lugar, en el Buen Ladrón. A él le dice: “*Hoy estarás conmigo en el paraíso*” (Lc 23, 42). Piensa en María: “*Mujer, ahí tienes a tu hijo*” (Jn 29, 26) y en San Juan: “*Hijo, ahí tienes a tu madre*” (Jn 29, 27) Piensa igualmente en todos aquellos que no cesaban de injuriarle: “*Padre perdónalos, no sabes lo que hacen*” (Lc 23, 34). Jesús rompe el silencio en el que le encerraba el dolor para abrirse a los otros y poder ayudarlos. Da muerte al dolor, da muerte a la muerte. Rompe el silencio que le cierra en sí mismo, como el velo del Templo se rompió a su muerte para revelar el misterio de Dios, como en el momento de la resurrección romperá igual-

⁶ ANCONA, G., *Disceso agli inferi. Storia e interpretazione di un articolo di fede*, Roma 1999.

mente la piedra que le encerraba en el sepulcro para dejar entrar en él la luz de Dios.

“Está cumplido, y, tras lo cual, reclinando la cabeza, entregó su Espíritu. Entonces se commovieron los cimientos de la tierra; entonces, resquebrajadas las rocas, se abrieron los abismos del infierno y los sepulcros devolvieron a los muertos, y para decir aquello que nos ha traído hasta aquí, puesto que ya había llegado el momento de que se desvelase en el misterio de la cruz todo lo velado en el Antiguo Testamento, se rasgó el velo del templo” (S. 300, 4).

“Que nos ayude aquel de quien nos viene la gracia; que nos ayude el brazo poderoso que anunciamos a toda generación venidera. Nos asista él, y como con la llave de su cruz, nos abra el misterio ahí encerrado. No en vano, tras su crucifixión el velo del templo se rasgó por el medio, para demostrarnos que por su pasión quedaron patentes los secretos de todos los misterios” (En. Ps. 70, II, 9).

“Tras la pasión de Cristo en la cruz, se rasgó el velo del templo para que, a través de la pasión de Cristo, se revelen los misterios secretos a los fieles que pasan a beber, con la boca abierta por la confesión, su sangre” (C. Faust. 12, 11).

Jesús desciende a lo más profundo de la muerte, hasta el reino de los muertos, y libera a todos los que allí se encontraban para llevarlos con él hasta la gloria del cielo. Jesús rompe las puertas del infierno para liberarnos del poder de la muerte, del poder de la soledad y del aislamiento.

“¿Qué espíritus son aquellos cuyo testimonio acerca del Señor recoge Pedro en su carta, diciendo: *Mortificado en la carne; vivificado en el espíritu: en espíritu fue también a predicar a los espíritus encarcelados, etc.*? Parece que estaban en el infierno y que, al descender a él Cristo, evangelizó a todos y libertó a todos graciosamente de las penas y de las tinieblas, de manera que a partir de la resurrección del Señor liquidados los infiernos, sólo hay que esperar todavía el juicio del Señor” (Ep. 163).

El descenso de Cristo a los infiernos no es más que la expresión suprema de la humildad. Descendió hasta lo más profundo de nuestra miseria, la asume para liberarnos de ella.

EL QUE NOS CREÓ, NOS RECREÓ (s. 260 d, 2)

La creación

En la creación Dios hizo brotar todos los seres de la nada. La creación es un don y un don absolutamente gratuito de Dios. Dios crea libremente. No tiene necesidad de los seres de este mundo. Dios los crea para que participen, en cierto modo, de su ser divino. Cada ser lleva impresa en su ser la huella de este don, de este amor de Dios. Es cierto que Dios es misterio de Trinidad y, por lo mismo, la creación es obra de las tres divinas Personas. Todos los seres de este mundo llevan, por lo mismo, impresa la huella de la Trinidad (Gn litt. I, 6, 12).

Sin embargo, la obra de la creación, por apropiación, se atribuye al Verbo, al Hijo. La creación es una obra que el Padre realiza por medio del Hijo. El Padre lo crea todo por el Verbo: “*Todas las cosas fueron hechas por Él*” (Io 1, 3). “*Por él fueron creadas todas las cosas*” (Col 1, 16) (Gen litt. 5, 15, 33). De aquí que toda la creación lleve igualmente impresa en sí misma la huella del Hijo.

El Verbo es la expresión, la manifestación de Dios: “*Es el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza*” (He 1, 8) Por esto Cristo dice a sus discípulos: “*Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre*” (Io 14, 9). Todas las criaturas, según diferentes grados, participan de la naturaleza del Hijo. Para comprender la verdadera realidad de las criaturas es preciso verlas a la luz del Hijo, a la luz del Verbo. Todas las características del Hijo se encuentran presentes, como huella, en las criaturas.

La perfección de un ser se manifiesta en la calidad de su palabra, de su expresión, de su forma de expresarse. Todo ser lleva en sí la huella de la Palabra de Dios que lo ha creado. La naturaleza misma, en cuanto creada por la Palabra, es revelación, palabra de Dios: “*El firmamento pregonó la obra de sus manos*” (Ps 18, 2). El mundo es como un inmenso libro que habla de Dios (C. Faust. 32, 20). San Agustín afirma con fuerza e intensidad esta característica de las criaturas: ser verbo, palabra de Dios (En. Ps. 144, 13).

San Agustín hace del Verbo creador el fundamento de todas las cosas y todo tiende, está orientado hacia él. En realidad, todo en este mundo habla de Cristo, todo es signo, palabra de Cristo. Todos los seres del mundo llevan impresa la huella del Verbo. Cada ser clama o proclama al Verbo.

Todo el “*ordo creationis*” es, para San Agustín, cristológico. Esta orientación hacia el Verbo San Agustín la llama con frecuencia “peso” y, cuando hace referencia al hombre, “amor”, “pies del alma” (Ciu. XI, 28).

Las criaturas son vestigio, huellas del Verbo y nos remiten al Verbo, Sabiduría y Causa Ejemplar de toda la creación. La huella del Verbo se encuentra presente en toda criatura.

En este orden de la creación el hombre ocupa un puesto intermedio entre Dios que está sobre él y el mundo corporal bajo él (Ep. 18, 2). El árbol colocado en medio del paraíso terrenal (Gen 2, 17) San Agustín lo interpreta como la naturaleza del alma. El alma del hombre se encuentra entre lo alto y lo bajo. Lo alto, es para San Agustín, Dios, el Eterno, el Uno que es quien asegura la unidad del alma a través de su interioridad o recogimiento. Lo bajo es el mundo material, lo temporal, la multiplicidad o, sencillamente, el régimen de la exterioridad. Lo alto se identifica con lo interior y lo bajo con lo exterior: “Deus interior intimo meo et superior sumo meo” (Conf. III, 6, 11). Las metáforas superior, inferior, interior, exterior indican una misma realidad, la tensión del alma según se dirija u oriente hacia Dios o hacia las cosas materiales (Gn. Adu. Man. II, 9,12).

Las cosas inferiores están orientadas hacia el hombre y el hombre hacia Dios. El hombre ocupa por lo mismo un término medio en el orden del universo. El hombre es como un microcosmos que condensa en sí a toda la creación y la orienta hacia Dios (diu. qu. 67, 5).

El pecado

En medio de este orden del universo surge el pecado, surge el mal y con el mal el desorden. El problema del mal, de su presencia en este mundo es uno de los problemas que más ocupó y preocupó a San Agustín (lib. arb. 1, 2, 4).

En el estado actual el hombre acusa una deficiencia congénita en su ser, una desarmonía radical. La raíz de este desorden se encuentra en la libertad. El hombre mediante su libertad se separa, se aleja de Dios y pone su mirada en las cosas materiales que le rodean. Desorienta su vida. En Dios encontraba estabilidad, descanso y equilibrio. Separarse de Dios lleva consigo una pérdida, un desequilibrio radical. Surge en él una inseguridad. En lugar de *con-sistir*, de apoyarse en Dios, pasa a ser pura *ex-sistencia*, a

errar, a vivir fuera del que Es, de Dios. La temporalidad pasa a apoderarse del hombre (pecc. mer. 16, 21; vera rel. 24, 45; S. 80, 8).

Otra de las consecuencias de este estado de desorden y desorientación es la ignorancia y la debilidad (vera rel. 39, 72). El origen del error se encuentra precisamente en el desorden del alma (vera rel. 36, 67; agon. 13, 14).

Antes del pecado existía en el hombre un estado de equilibrio, de armonía, de perfecta adecuación entre su ser y sus legítimas apetencias. Con el pecado surge una mutación radical en su naturaleza. Esta queda fuera de su centro primitivo y vive en una “mísima condición”. “En esta nuestra mísera condición, que llega a tomar un enemigo por amigo y viceversa! (Ciu. XIX. 8).

El hombre en su situación actual se siente en desorden, como si estuviese mal hecho. Se entrega a las cosas queriendo vivir de ellas, queriendo hacer de ellas su riqueza y su posesión. Las cosas ciertamente le fascinan, pero lo que le ofrecen desaparece en la vanidad del tiempo. Y el hombre se siente vacío (vera rel. 35, 65). La inquietud tiene como origen y fundamento el desorden. Sin desorden no hay inquietud: “Las cosas menos ordenadas se hallan inquietas; ordénense y descansan” (Conf. XIII, 9, 10).

Es a la razón, a quien le incumbe el hacer respetar el “ordo interior”. Pero dos son los efectos del pecado sobre la razón, la ignorancia y la debilidad (*ignorantia et difficultas*) (nat et gr. 67, 81). El hombre caído de la verdad vive bajo el imperio de la vanidad. El hombre vive, por consiguiente, desorientado, descarriado exterior e interiormente. Se encuentra preso del mal que él mismo ha deseado.

El hombre no puede liberarse de este mal por sí mismo. Se encuentra sumamente debilitado. Carece de fuerzas para orientar de nuevo su vida. Necesita que alguien le ayude para ponerse de nuevo en pie.

“El que creó la naturaleza, la sana; cayó ella por sí misma, la levanta él por sí mismo. Esta es la fe, ésta es la verdad y éste es el cimiento de la fe cristiana. Uno y uno: un solo hombre por el que vino el derrumbamiento y otro por el que nos llegó la reconstrucción. Por aquel, el derrumbe; por este segundo, la reedificación. Cayó el que no se mantuvo en pie; le levanta el que nunca cayó; cayó el que abandonó al que se mantiene firme; y quien se mantiene firme descendió hasta el que yacía en el suelo” (S. 30, 5).

Internamente desordenado, transido por la desarmonía el hombre se halla instalado en una dimensión inquietud. El origen de esta situación se encuentra precisamente en la soberbia. Quien vive en y desde la soberbia busca vivir única y exclusivamente en y desde sí mismo. No ve a nada ni a nadie, solo se ve a sí mismo. Quiere, desea que todo esté a su servicio, ser único en este mundo. La soberbia encierra dentro de sí una perversión de la voluntad. En lugar de “servir y amar” a Dios, prefiere servirse y amarse a sí mismo. Incluso busca ser superior a Dios. De hecho, la soberbia es una perversa imitación de Dios (mus. VI, 13, 40; vera rel. 45, 84; Gn. litt. VIII, 14, 31).

La soberbia cierra y encierra al hombre en sí mismo. Desea poseerlo todo para sí. Es la primacía de lo propio, de lo individual sobre lo común. Es la negación del amor. Amar es darse. La soberbia en lugar de dar recoge, guarda. Por esto la soberbia va siempre unida a la avaricia (Gn. litt XI, 15, 19) La soberbia es, por otra parte, amor de la propia gloria. Glorificarse a sí mismo es optar por el particularismo y, finalmente, condenarse a la soledad. Quien se gloría de sí mismo rechaza la gloria de los otros y surge en él la envidia (Gn. litt. XI, 14, 18).

El hombre hecho, creado para recibir, para acoger, por la soberbia rechaza el recibir algo de los otros. Lo quiere todo por sí mismo sin necesitar nada de nadie. Él, que había sido creado por Dios y para Dios, quiere ser por sí mismo. Rechaza ser-*de*, ser *genitivo*, relación, para ser *sustantivo*, autónomo, subsistente en sí y por sí, pero “*tanto fit minor, quanto cupit ese maiorem*” (lib. arb. III, 25, 76). Por esto el soberbio, el orgulloso no sabe dar gracias, no da gracias jamás.

La soberbia nos introduce en ambiente de disgragación, de dispersión. La exterioridad hace perder la interioridad. Dios habita en el interior del hombre, en lo más íntimo de su ser. Alejarse de la interioridad es, por lo mismo, alejarse de Dios. La soberbia nos arroja fuera de nosotros mismos, al exterior. Hace la vida en y desde el exterior (mus. VI, 13, 40).

La nueva creación

A pesar de esta condición o de esta situación en la cual se encuentra sumido actualmente el hombre Dios no lo abandona. Dios no abandona jamás al hombre, no lo deja solo. No le quita lo que le había dado. El hombre

sigue manteniendo su primitiva orientación hacia Dios y Dios no cesa de llamarlo para que retorne a Él (Trin. IV, 1, 2).

“Me dirijo, pues, a vosotros, día único, criaturas mal nacidas de Adán, pero bien renacidas en Cristo. Ved que sois día; que fue el Señor quien os hizo. Él ahuyentó de vuestros corazones las tinieblas de los pecados y renovó vuestra vida. [...] En lo que estuvo en nuestro poder, dimos lo que hemos recibido. Propiamente no fuimos nosotros quienes os lo dimos, sino que se os dio por mediación nuestra. El dinero es del Señor. Nosotros somos distribuidores, no donantes. Tenemos un Señor común. Repartimos el alimento a nuestros consiervos y nos alimentamos de la misma despensa. No nos pertenecemos a nosotros mismos, sino a quien derramó su sangre en precio por nosotros. Todos hemos sido redimidos al mismo tiempo y a un mismo precio. Nuestro trigo es el santo evangelio. Quien nos redimió nos convirtió de siervos en hermanos; el que era hijo único nos hizo coherederos. Era hijo único y se dignó tener hermanos. No olvidéis esta condescendencia, amadísimos. [...] Considerad lo que os digo: sed grano. En la era abunda la paja, pero llegará el momento de la aventación y será separada. Ni una sola pajuela entrará contigo al granero, ni un solo grano irá al fuego. Sabe separar quien supo reunir. Te equivocas si piensas que el Señor se equivoca. Quien os creó y os recreó os conoce. Si sólo os hubiese creado, pero no recreado, formaríais parte de la masa de perdición” (S. 260 D, 2).

Y Dios no cesa de llamar al hombre para que regrese a él, en primer lugar, a través de todos los hechos y acontecimientos de la vida. Todas las cosas gritan que amemos a Dios, que retornemos a él. Todo habla de Dios, todo es signo, palabra de Dios (Conf. X, 6, 8; Conf IX, 10, 25; Conf. X, 6, 10).

Es cierto que ser sensible a esta llamada de los seres y acontecimientos no es fácil. Exige, en primer lugar, prestar atención. Nuestros sentidos están acostumbrados al ruido y no captan la palabra que Dios no cesa de dirigirnos. Hemos perdido la sensibilidad de la atención y de la escucha. Escuchar es una forma de hospitalidad. Exige acoger plenamente la palabra que el otro nos dirige. Pero nos encontramos de tal forma acaparados, poseídos por el trabajo, por el éxito que solo vemos las cosas y las personas a la luz de la utilidad, de la eficacia, del valor. Nuestra mirada es fría, sin alegría y, bajo esta mirada, ni las personas ni las cosas tienen misterio.

Las hemos “desencantado”. Todo es instrumento, expuesto a ser tasado, destinado a ser transformado. Carecemos del sentido de la contemplación. No sabemos ver como no sabemos escuchar. Es preciso purificar el corazón para que de nuevo sienta y vea a Dios en su derredor (Io. eu. tr.1,19).

San Agustín muestra con plena claridad el deseo fuerte, intenso de Dios de salvar al hombre. Es Dios mismo quien, en cierto modo, se hace servidor del hombre. Dios ofrece al hombre una posibilidad de salvación. No cesa de decirle: “*Que quieres que haga por ti?*” (Mc 10, 51). La decisión de Dios es de recrear al hombre, de realizar una nueva creación. Este deseo se manifiesta en el hecho de que el Verbo, por quien han sido hechas todas las cosas, se hace palabra, en todo igual a nuestra palabra menos en la mentira, y es la Sagrada Escritura. El Verbo se hace Escritura para indicarnos el camino de retorno a Dios. Toda la Sagrada Escritura muestra el amor de Dios para con el hombre. La Escritura es, en verdad, la palabra que Dios dirige al corazón del hombre (util. cred. 6, 13).

El Verbo, la Palabra de Dios, antes del pecado, hablaba al hombre en lo más íntimo de su corazón. El hombre no tenía necesidad de recibir ninguna palabra del exterior. Pero el hombre abandonó su interioridad para vivir en y desde la exterioridad. El pecado, la soberbia destruyen la interioridad. El hombre abandona su corazón para vivir en y desde lo exterior. Mendiga ahora en las cosas que le rodean el sentido de su vida. Al abandonar el corazón abandona el lugar en donde el Verbo le habla. El orgullo, la soberbia son quienes destruyen la fuente que mana en el interior del hombre y le hacen esclavo de lo sensible e incapaz de recibir directamente de Dios la luz que necesita para orientarse en esta vida. Para que el hombre pueda ponerse de nuevo en relación con el Verbo que le hizo se precisa de una mediación.

Puesto que el hombre vive fuera de sí mismo, el Verbo de Dios toma una forma exterior, se hace palabra humana para hacerse comprensible del hombre (Gn. adu. Man. II, 4, 5-5, 6).

Dios desea que el hombre retorne a su interioridad para hablarle allí, en su corazón. Para ello se adapta a la condición presente del hombre, a la exterioridad en la que se encuentra. Le habla en su propia lengua, y es la Sagrada Escritura. La Sagrada Escritura es, en cierto modo, una encarnación del Verbo. El Verbo de Dios toma un cuerpo de letras, de palabras para hacerse comprender del hombre (En. Ps. 103, 4, 1; En. Ps. 103, I, 8).

La realización plena de la Sagrada Escritura como voluntad salvadora y liberadora de Dios es Cristo. De hecho, las últimas palabras de Cristo en la Cruz serán: “*Todo se ha consumado*” (Jo 20,30) Estas palabras de Jesús no significan todo ha terminado. Tienen un sentido mucho más profundo. Después de lavar los pies de los discípulos en la última Cena, San Juan dice: “*Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, Jesús los amó hasta el extremo*” (Jo 13, 1). En la cruz la expresión “*todo se ha consumado*” quiere decir igualmente la perfección del amor. La muerte de Cristo en la cruz es la expresión de un amor sin límite, hasta el extremo. “*Consumado*” quiere decir que el amor se ofrece en grado extremo y está en relación con esta otra expresión: “*Padre, perdónalos*” (Lc 23, 34). El perdón es el don perfecto, llevado al extremo, al límite. “*Todo se ha consumado*” quiere decir la promesa de Dios de liberar al hombre, su redención, la nueva creación se ha realizado. Por esto Cristo muerto en la cruz nos permite comprender la Sagrada Escritura. Cristo es la luz que nos permite comprender su sentido.

“*Todo lo contenido en las Sagradas Escrituras emite el sonido de Cristo, pero a condición de que encuentre oídos que lo oigan. Y les abrió la inteligencia para que comprendieran las Escrituras. Por ello, también nosotros hemos de orar para que abra asimismo la nuestra*” (Ep. Io. tr. 2, 1).

EL MISTERIO DE LA CRUZ⁷

La motivación más profunda de la muerte de Cristo en la cruz se encuentra en la voluntad del Padre de salvar a todos los hombres: “*Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad.*” (1 Tm 2, 3-4) Esta voluntad de Dios le lleva incluso a entregarnos a su propio Hijo: “*Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.*” (Jo 3, 16) El amor de Dios se encuentra en la base y como el fundamento tanto de misterio de la

⁷ GARCÍA ÁLVAREZ, J., *Celui qui t'a créé, t'a recréé. Les Mystères de la Passion, de la Mort et de la Résurrection du Christ à la lumière de saint Augustin*, Saint-Léger Éditions, Le Coudray-Macuard 2021.

Encarnación como del misterio de la cruz. Solo a la luz de este amor sin límites el misterio de la cruz adquiere pleno sentido. Este amor es una constante en toda la Sagrada Escritura e igualmente en todas las actuaciones de Dios sobre el Pueblo de Israel a lo largo de todo el Antiguo Testamento. Es la razón por la cual Dios interviene en el corazón de la historia humana.

“Él se dignó constituirse en deudor y ¡qué deudor! Firmó de su propio puño el documento, adelantó la prenda. El documento que él firmó es la Escritura divina; la prenda que adelantó es la muerte de Cristo; su promesa es la muerte de Cristo. Quien regaló a los impíos la muerte de su Hijo, ¿la negó a los piadosos y fieles?” (S. 77 B, 6).

En realidad, no es el hombre quien se salva a sí mismo, sino que es Dios quien le salva, quien viene en su ayuda y lo hace por puro amor. El amor de Dios no tiene límites. Nos ama y nos ama hasta el extremo. De hecho es en la cruz en donde Dios nos revela su ser con plena claridad.

“Nada era y me creó; me había perdido, y me buscó; al buscarme me halló; estando cautivo, me redimió; vendido, me libertó; de siervo me convirtió en hermano. ¿Qué devolveré al Señor? No tienes qué devolverle. Si todo lo esperas de él, ¿qué tienes para darle a cambio [...] Nada encontrarás que puedas dar en cambio. No tendrás otra cosa a no ser lo que él te haya dado” (S. 254, 6).

Esta voluntad de amor y misericordia subyace en los diferentes hechos o circunstancias que rodean la muerte de Jesús.

“Y como si le preguntáramos: «¿Por qué, entonces, mueres?», respondió: Mas para que todos sepan –dijo– que cumplo la voluntad de mi Padre, levantaos, vayámonos de aquí, a la pasión, porque tal es la voluntad del Padre, no porque deba algo al príncipe del mal” (S. 265 D, 4).

La voluntad de Dios, presente en la pasión y muerte de Cristo, se encuentra ya presente con toda claridad en el misterio mismo de la Encarnación. En la Encarnación se encuentra ya en germen su muerte en la cruz. El Verbo al tomar la naturaleza humana toma consigo todo lo que ésta lleva consigo: tribulaciones, sufrimiento, muerte. Al encarnarse el Verbo de Dios se abaja y asume todo cuanto pertenece al hombre.

“Pon atención: viniendo de otra región, aquí no halló más que lo que abunda aquí: fatigas, dolores, muerte: ve lo que tienes aquí, lo que abunda aquí. Comió contigo de lo que abundaba tu mísera morada. Aquí bebió vinagre, aquí tuvo hiel. He aquí lo que encontró en tu morada. Pero te invitó a su espléndida mesa, la mesa del cielo, la mesa de los ángeles, en la que él mismo es el pan. Al descender y encontrar tales males en tu morada, no sólo no despreció tu mesa, sino que te prometió la suya” (S. 231, 5).

Para salvar al hombre levantándolo de su caída y haciendo que pasara de su alejamiento de Dios, provocado por el pecado, a entrar en amistad con Él, el Verbo no duda en venir a nosotros. El que es nuestra verdad puso la Verdad a nuestro lado haciéndose hombre (Ciu. XI, 2).

No se puede separar el misterio de la Encarnación del misterio de la cruz. La motivación de uno y otro es la misma. Al aceptar nacer, aceptó igualmente el morir.

“Dios ha muerto por los hombres. ¿Quién es Cristo sino la Palabra que existía en el principio, la Palabra que existía junto a Dios y la Palabra que era Dios? Esta Palabra de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros. No hubiera tenido en sí mismo dónde morir por nosotros si no hubiese tomado nuestra carne mortal. De esta manera el inmortal pudo morir y donar la vida a los mortales: haciendo partícipes de sí mismo en el futuro a aquellos de quienes él se había hecho partícipe antes” (S. 218 C, 1).

El misterio de la cruz es la revelación de la misericordia de Dios

La voluntad de Dios es una voluntad de amor, de entrega, de don. Dios, amor sin límite, se da sin límite, hasta quedarse sin nada, hasta morir para dar origen a una creación nueva más resplandeciente que la primera creación. Amar es darse y darse exige un desapego de aquello que se da. Entregarse a sí mismo es un despegarse de sí mismo, un olvido total de sí, un morir (Trin. XIII, 11, 15).

En Cristo crucificado muere la vieja creación fundamentada en el egoísmo y, con Cristo resucitado, surge la nueva creación fundamentada

en el amor, en la caridad. Esta voluntad del Padre es asumida libremente por Jesús. Muere en la cruz por amor, no por necesidad: “*Nadie me quita la vida, yo la doy libremente*” (Jo 10, 18). Sufre su pasión y muere sin que nadie le obligase a ello. Se ofrece libremente a la muerte por amor. Se identifica con el amor del Padre. El amor del Padre y del Hijo se unen en la cruz.

“¿De dónde nos viene a nosotros la vida? ¿De dónde le llegó a él la muerte? Centra la atención en él: *En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios*. Busca allí la muerte. ¿Dónde se la encuentra? ¿De dónde le viene? ¿Cómo era la Palabra? *La Palabra estaba junto a Dios, la Palabra era Dios*. Si encuentras en ella carne y sangre, encuentras también la muerte. Por tanto, ¿de dónde le vino la muerte a aquella Palabra? ¿De dónde nos vino la vida a nosotros, hombres moradores de la tierra, mortales, corruptibles y pecadores? Nada había en ella de donde pudiera surgir la muerte y nada teníamos nosotros de donde obtener la vida. De nuestro haber, él tomó la muerte, para darnos del suyo la vida. ¿Cómo tomó él la muerte de nuestro haber? *La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*. Recibió de nuestro haber lo que iba a ofrecer por nosotros. En cambio, la vida, ¿de dónde nos vino a nosotros? *Y la vida era la luz de los hombres*. Él fue para nosotros vida; nosotros para él, muerte. Pero ¿qué clase de muerte? Una muerte fruto de su benevolencia, no resultado de su ser. Murió porque lo tuvo a bien, porque quiso, porque se compadeció; murió porque tenía el poder de hacerlo. *Tengo poder para entregar mi alma y poder para volver a tomarla*” (S. 232, 5).

San Agustín se acerca al misterio de la cruz a la luz de la misericordia. La misericordia es la luz que nos permite comprender el sentido de la cruz. Cristo en la cruz libera al hombre del pecado y de la muerte. Esta liberación es obra de la misericordia de Dios.

La misericordia significa tomar, asumir la miseria de alguien en nuestro corazón. Sufrir porque el otro sufre. “Cuando uno sufre es la miseria, cuando se sufre con el otro es la misericordia” (Conf. III, 2, 2).

Cristo en la cruz toma en sus manos nuestra miseria. Se hace pecado para liberarnos del pecado, muere para vencer la muerte (S. 23 A, 2-3).

“¡Cuán grande amor tiene, pues, el Señor, si envió a Cristo a ser crucificado por los pecadores e impíos y al precio de su sangre nos

redimió a los que éramos sus enemigos por amar las cosas que él hizo en lugar de él que las hizo!” (S. 5, 2).

La motivación de morir en la cruz no fue la exigencia de aplacar al Padre, sino el amor del Padre que para salvarnos entrega a su propio Hijo. Fue el amor misericordioso del Padre quien nos entrega a su propio Hijo hasta la muerte y una muerte de cruz. La muerte en la cruz muestra toda la misericordia y el afecto infinito de Dios Padre hacia nosotros.

San Agustín, en los tres sermones predicados el Viernes santo, 218, 218B y 218C, insiste sobre la alegría. La cruz no es escándalo más que para los paganos y los maniqueos. Para los cristianos es garantía de salvación y motivo de gloria: “*titulum gloriae, fidutia gloriae*” (S. 218, 3). Su tema es la vida y no la muerte.

“Quizá te parezca poco el que haya venido, vestido con carne humana, Dios por los hombres, el justo por los pecadores, el inocente por los culpables, el rey por los cautivos y el amo por los siervos; el que se le haya visto en la tierra y haya convivido con los hombres; además de eso, fue crucificado, muerto y sepultado. ¿No lo crees? Quizá digas: «¿Cuándo tuvo lugar eso?». Escucha cuándo: «*En tiempos de Poncio Pilato*». Intencionadamente, se te puso también el nombre del juez, para que no dudaras ni del cuándo. Creed, pues, que el Hijo de Dios «*fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato y sepultado*». Nadie tiene mayor amor que éste: que alguien entregue la vida por sus amigos. ¿Piensas que nadie? Absolutamente nadie. Es verdad, Cristo lo ha dicho. Pre-guntemos al Apóstol y que él nos responda. Cristo -dice- murió por los impíos. Y de nuevo: Cuando éramos sus enemigos, Dios nos reconcilió consigo por la muerte de su Hijo. He aquí, pues, que en Cristo encon-tramos un amor mayor, dado que entregó su vida no por sus amigos, sino por sus enemigos. ¡Cuán grande amor el de Dios por los hombres! ¡Qué afecto el suyo, hasta el punto de amar incluso a los pecadores y morir por amor a ellos! Dios nos manifiesta su amor a nosotros -son palabras del Apóstol- en que, cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros” (S. 215, 5).

Pero, a la vez, la redención es obra del Hijo al unir su voluntad a la voluntad del Padre. La voluntad del Padre y del Hijo se unen en un mismo

deseo: liberar al hombre del pecado. Y esta liberación del hombre por el Padre y el Hijo es revelación, manifestación de su misericordia (S. 22, 9).

Cristo con su muerte en la cruz da muerte al pecado, a la muerte. Destruye el pecado y da la vida. Cristo es fuente de vida. Nos otorga la misma vida de Dios. Nos hace partícipes de su vida. Nos hace hijos de Dios y hermanos tuyos. Con su muerte renacemos a la vida misma de Dios. De hecho, dos son los efectos de la muerte de Cristo en la cruz: nos libera del pecado y de la muerte y nos hace hijos de Dios.

“¡Gran misericordia la de quien ascendió a lo alto e hizo cautiva la cautividad ¿Qué significa hizo cautiva la cautividad? Dio muerte a la muerte. La cautividad fue hecha cautiva: la muerte recibió la muerte. Entonces, ¿qué? ¿Sólo esto hizo el que ascendió a lo alto e hizo cautiva la cautividad? ¿Nos abandonó? He aquí que estoy con vosotros hasta el fin del mundo. Fíjate, por tanto, en aquello: Repartió sus dones a los hombres. Abre el seno de la piedad y recibe el don de la felicidad” (S. 261, 11).

En esta identificación de su voluntad con la voluntad del Padre Jesús revela el verdadero sentido de la obediencia. No existe verdadera obediencia al margen del amor. La obediencia es un acto de amor y, en cuanto tal, plenamente libre. Hay verdadera obediencia allí en donde hay libertad. Una obediencia al margen de la libertad deja de ser obediencia para convertirse en esclavitud. La obediencia es revelación del amor y no hay amor allí en donde la libertad está ausente.

“Y como si le preguntáramos: «¿Por qué, entonces, mueres?», respondió: Mas para que todos sepan –dijo– que cumplo la voluntad de mi Padre, levantaos, vayámonos de aquí, a la pasión, porque tal es la voluntad del Padre, no porque deba algo al príncipe del mal” (S. 265 D, 4).

En realidad, si hay un lugar o un momento en donde Jesús muestra lo que es Dios para nosotros es en la cruz. La cruz revela, en primer lugar, el amor del Padre para con nosotros. No duda en entregarnos, en darnos incluso a su propio Hijo, Hijo que ama de su corazón de Padre.

“Nos amó no sólo antes de morir su Hijo por nosotros, sino antes de la creación del mundo, siendo de esto testigo el mismo Apóstol cuando

dice: *Nos eligió en Él antes de la constitución del mundo*. El Hijo, a quien el Padre no perdona, es entregado, pero no contra su voluntad, pues de Él está escrito: *Me amó y se entregó a sí mismo por mí*” (Trin. XIII, 11, 15).

La cruz nos revela igualmente el amor del Hijo que se da, que se ofrece incluso hasta la muerte y una muerte de cruz. Jesús muere única y exclusivamente porque nos ama (Ep.Io. tr. VII, 7).

Jesús, en la cruz, toma nuestro pecado, se hace pecado para darle muerte. Con su muerte da muerte a la muerte: “*A quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros para que viniésemos a ser justicia de Dios en él*” (2 Cor 5, 21). Asumir nuestro pecado lleva consigo asumir todas las consecuencias del pecado. Y una de ellas es la fealdad. Es necesario poner nuestros ojos en la cruz, en el rostro torturado de Jesús para ver lo que es el pecado. Nos recuerda que se hizo pecado para dar muerte al pecado. “*El mismo que, sobre el madero, llevó nuestros pecados en su cuerpo, afín de que muertos a nuestro pecado, viviéramos para la justicia, con cuyas heridas hemos sido curados*” (1 P. 2, 24). “*Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros*” (Gal 3, 13).

Uno de los primeros efectos del pecado es la desarmonía, el desorden y con el desorden y la confusión, la fealdad. San Pablo lo afirma con claridad: la cruz es *escándalo y absurdo para los que no creen* (1 Cor 1, 24). La cruz es instrumento de muerte, de destrucción. Es la negación de la creación y de la vida. “*¡Qué más deformé que un crucificado!*” (S. 95, 4). Es la negación de toda armonía, de toda belleza.

Para San Agustín Dios es la belleza misma: “*Puchritudo pulchrorum omnium*” (Conf III, 6, 10). “Arrebatado hacia ti por tu hermosura” (Conf VII, 17, 23). La belleza no es un atributo de Dios, es Dios mismo: “*Tu grandeza y tu belleza son una misma cosa contigo*” (Conf IV, 16, 29). La caridad es la belleza. Dios es amor, Dios es caridad Dios es, por lo mismo, la Belleza absoluta (Ep. Io. tr. IX, 9)⁸.

En el misterio de la Trinidad la belleza es atribuida al Hijo, al Verbo. Al Hijo se le atribuye la “*Species*” o la “*Forma*”. De *species* se deriva “*speciosa*”, hermosa, como de “*forma*” “*formosa*”, es decir la belleza. Para

8 FONTANIER, J. M., *La beauté selon saint Augustin*, PUR, Rennes 1998, pp. 129-167.

San Agustín “species” es igual que “puchritudo”. El Hijo es la “Forma”, la “Species”, la “Pulchritudo” (Trin. VI, 10, 11).

“Ahora bien: la armonía comienza por la unidad y es bella gracias a la igualdad y a la simetría y se une por el orden. Por esta razón, todo el que afirma que no hay naturaleza alguna que, para ser lo que es, no desee la unidad y que se esfuerce en ser igual a sí misma, en la medida de su posibilidad, y que guarde su orden propio, sea en lugares o tiempos, o mantenga su propia conservación en un cuerpo que le sirve de equilibrio; debe afirmar también que todo lo que existe, y en la medida que existe, ha sido hecho y fundamentado por un Principio Único, por medio de la Belleza, que es igual y semejante a las riquezas de su bondad, por la cual el Uno y el (otro) Uno que procede del Uno están unidos por una, por así decirlo, muy *cara* caridad” (mus. VI, 17, 56).

El Verbo es la belleza por cuya contemplación anhela todo hombre. Es la Belleza por la que todas las cosas son bellas. Es la Forma por la que todas las cosas tienen forma. “*Forma est infabricata, atque omnium formosissima* (vera rel. 11, 21), “*Forma omnium formatorum*” (S. 117, 2, 3).

“Esta es la belleza que inflama en ardores de posesión a toda alma racional: anhelo tanto más urgente cuanto más puro, tanto más casto cuanto más espiritual y tanto más espiritual cuanto menos carnal” (Trin. II, 17, 28).

Esta belleza del Verbo, en el misterio de la Encarnación, queda velada, oculta por el cuerpo carnal.

“¿De dónde le viene el ser bello, *el más hermoso entre los hijos de los hombres*? De aquí: *En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios*. Sin embargo, como asumió la carne, en cierto modo asumió tu fealdad, es decir, tu condición mortal, para adaptarse a ti, conformarse a ti y excitarte a ti a amar su belleza interior” (Ep. Io. tr. IX, 9).

En la cruz Cristo tomó sobre sí nuestro pecado y el pecado es la negación de la belleza, de la armonía. Es la fealdad misma. Pero esta fealdad de la cruz es fuente de vida, es como el abono del campo.

“La pasión del Señor simboliza el tiempo en que lloramos aquí. Los azotes, las cadenas, burlas, esputos, la corona de espinas, el vino con hiel, el vinagre en la esponja, los insultos, los oprobios y, finalmente, la misma cruz y los santos miembros que penden del madero, ¿qué otra cosa nos simboliza sino el tiempo presente, tiempo de tristeza, de mortalidad y de prueba? En consecuencia, tiempo feo; pero esta fealdad del estiércol esté en el campo, no en la casa. Que la tristeza provenga de los propios pecados, no de las ambiciones insatisfechas. Tiempo feo, pero fértil, si es bien empleado. ¿Hay cosa más repulsiva que un campo abonado? Hermoso estaba el campo antes de recibir los cestos de abono. Al campo se le hace antes feo para que luego se convierta en fértil. La fealdad es, pues, un símbolo del tiempo presente; conviértese, sin embargo, esta fealdad en tiempo de fertilidad para nosotros. Y veámosle en compañía del profeta que dice: Le vimos. ¿Cómo? *Sin honra ni hermosura*. ¿Por qué? Pregunta a otro profeta: *Contaron todos mis huesos*. Se contaron todos los huesos del colgado del madero. Horrible vista la de un crucificado, pero esa fealdad engendra belleza. ¿Qué belleza? La de la resurrección, puesto que es más hermoso que los hijos de los hombres” (S. 254, 5).

La belleza de Cristo es afirmada en los salmos: “*Es el más hermoso de los hijos de los hombres*” (Ps. 44, 3). Pero al asumir nuestra naturaleza, asumió la fealdad. Cristo es bello “*informa Dei*”, pero feo “*informa servi*”. Dios es la belleza absoluta y fuente de toda belleza. Para comunicarnos su belleza divina el Verbo tomó sobre sí la fealdad de nuestro pecado. San Agustín pone en relación el Salmo 44, 3, Isaías 53, 2 y Filipenses 2, 6-7. La cruz es una deformación para formar, es una destrucción para construir. Cristo en la cruz es la expresión más clara de lo que realiza el pecado en nuestra vida: destrucción, desorden, fealdad. Es la fealdad llevada al extremo (Ep. Io. tr IX, 9).

Para comprender el significado y el valor de la belleza de Cristo y su deformación en la cruz es necesaria una inteligencia que procede de Dios mismo. El fundamento de esta inteligencia es la humildad. Por medio de ella el hombre confiesa su propia insensibilidad y se prepara para recibir la verdadera sabiduría.

“Los judíos lo ignoraron, los judíos lo crucificaron: con su sangre hizo un colirio para los ciegos. Hechos más duros y ciegos, los que se

jactaban de ver la luz crucificaron a la Luz. ¡Qué ceguera tan grande! Dieron muerte a la Luz, pero la Luz crucificada iluminó a los ciegos” (S. 136, 4).

La cruz pasa a ser la fuente de sabiduría que nos permite comprender la realidad de la vida humana. Esta sabiduría se hizo presente en la actitud del Buen Ladrón: reconoce a Jesús como el salvador del hombre. La cruz nos ofrece un conocimiento perfecto de lo que es Cristo, de su amor sin límite.

“Tú, por tu parte, centra toda tu mirada en Él, pide caer en sus brazos, teme alejarte de él, corre hacia Él, a fin de que permanezca en ti el amor casto que permanece por los siglos de los siglos. *Nosotros amemos, pues él nos amó antes*” (Ep. Io. tr IX, 9).

El sacrificio de la cruz⁹

La misericordia toma sobre sí la miseria del otro y le ayuda a liberarse de ella. Sufre con el que sufre y le ofrece su ayuda. Cristo toma nuestra miseria, nuestro pecado sobre sí: *Se hizo pecado por nosotros* (2 Cor 5, 21) para liberarnos del peso del pecado, tomó nuestra muerte sobre sí para dar muerte a nuestra muerte.

“*A quien no conocía el pecado lo hizo pecado por nosotros?* ¿Quién? ¿A quién? Dios a Cristo. Dios hizo a Cristo pecado por nosotros. No dijo que lo hizo pecador por nosotros sino: *lo hizo pecado*. Si es execrable afirmar que Cristo pecó, ¿quién puede soportar que Cristo sea pecado? Y, sin embargo, no podemos contradecir al Apóstol. No podemos decirle: «¿Qué estás hablando?». Decírselo al Apóstol es decírselo a Cristo mismo” (S. 152, 10).

A Cristo se le llama con frecuencia “Cordero de Dios”. Cordero era la víctima de expiación. Cristo se hizo víctima llevando sobre sí el pecado. Se constituye en verdadera víctima para la remisión del pecado. Cristo en

⁹ NEUSCH, M., *Une conception chrétienne du sacrifice. Le modèle de saint Augustin*, dans *Les sacrifices dans les religions*, Paris 1994, pp. 117-138 ; BREVENT, P., «La croix, véritable sacrifice. Saint Augustin», en *Revue de doctrine chrétienne* 21 (1962) 110-116.

la cruz cargó con nuestra debilidad y flaqueza, con todos nuestros desórdenes. *“Hic infirmitates nostras portat et pro nobis in doloribus est”* (S. 229H,3). Y se ofrece a sí mismo al Padre. Es el “Cordero” ofrecido en sacrificio a Dios.

Cristo es, a la vez, el sacerdote o quien ofrece y la víctima o lo que se ofrece. Cristo se ofrece a sí mismo: *“Nadie me quita la vida ; yo la doy voluntariamente.”* (Io 10, 18). Jesucristo ofrece y se ofrece al Padre incluso desde su nacimiento.

“¿Y para qué naciste? *Juró el Señor, y no se arrepentirá: «Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec».* Naciste del vientre antes del lucero para ser sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec. Si nació del vientre, entendemos que nació de la Virgen; y antes del lucero, en la noche, como atestigua el Evangelio. Y nació, sin duda, del vientre, antes del lucero, para ser sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec. Porque en cuanto a que nació del Padre, Dios en Dios, coeterno al Engendrador, no es sacerdote, pues es sacerdote por haber tomado la carne, por ser víctima que se ofreció por nosotros y se aceptó por nosotros” (En. Ps. 10917).

“Él es el médico, él el medicamento; médico en cuanto Palabra, medicamento en cuanto Palabra hecha carne. Él es el sacerdote y él el sacrificio (S. 374, 3).

San Agustín ve el sacrificio, y de forma más concreta el sacrificio de la cruz, a la luz del deseo de felicidad que habita en todo hombre. “Es opinión general de los que de cualquier modo pueden hacer uso de la razón que todos los hombres desean ser felices” (Ciu. X, 1, 1). Pero la felicidad solo se encuentra en la unión con Dios. Solo Dios puede llenar con plenitud nuestro deseo. La felicidad es una “participación de la luz de Dios”. El término de la vida humana “no es otro que estar unidos a Dios” (Ciu. X, 3, 2).

“No puede el alma del hombre ser feliz sino por la participación de la luz del Dios, por quien ella y el mundo han sido hechos” (Ciu. X, 1, 1).

Dios es amor, Dios es caridad y en cuanto amor y caridad es donación de sí mismo. Unirse a Dios y, por lo mismo, conseguir la felicidad es hacerse caridad, hacerse don, comunión (Ep. Io. tr. VII, 4-5).

“No dijo la Escritura que el Espíritu Santo es amor. [...] sino que dijo: *Dios es amor*; [...] Ni hemos de afirmar que, si Dios es llamado caridad, no es porque la caridad en sí sea una substancia que merece el nombre de Dios [...] No se dice: «Señor, mi amor»; o: «Tú eres mi amor»; o: «Dios es mi amor»; sino que se dice: *Dios es amor*” (Trin. XV, 27).

Pero el hombre está poseído, habitado por el pecado. La soberbia, el orgullo le habitan y en cuanto tal vive cerrado sobre sí mismo. No ve y oye a nadie, solo se ve y se oye a sí mismo. El individualismo es su morada. Para encontrar la felicidad, para unirse con Dios y hacerse comunión, apertura a los otros, necesita liberarse de la rutina y de la esclavitud del pecado. Pero el hombre no puede liberarse por sí mismo. Necesita de una ayuda, de un Mediador. Y Dios que es Misericordia y Amor viene en su ayuda. Y envía a su propio Hijo: “*Tanto amó Dios al mundo que nos entregó a su Hijo unigénito*” (Jo 3, 16). Y el verbo se hizo carne, tomó nuestra propia naturaleza con su miseria y su pecado. Se hace pecado para liberarnos del pecado (Cor 5, 21), para ayudarnos a entrar en la misma vida de Dios, vida de comunión, vida de don. Y Cristo nos libera del pecado en la cruz, mediante el sacrificio de la cruz.

La finalidad del sacrificio y en concreto del sacrificio de la cruz es unirnos a Dios. Por esto la esencia del sacrificio es la caridad.

“Así, pues, el verdadero sacrificio es toda obra hecha para unirnos a Dios en santa alianza, es decir, referido a la meta de aquel bien que puede hacernos de verdad felices. Y así, aun la misericordia con que se socorre al hombre, si no se hace por Dios, no es sacrificio. Pues, aunque sea hecho u ofrecido por el hombre, el sacrificio es una obra divina. Tal es el significado que aun los latinos antiguos dieron a esta palabra. De ahí viene que el mismo hombre, consagrado en nombre de Dios y ofrecido a Dios, en cuanto muere para el mundo a fin de vivir para Dios, es sacrificio. Pues esto pertenece a la misericordia que cada uno practica para sí mismo. Por eso está escrito: *Compadécete de tu alma haciéndola agradable a Dios*” (Ciu. X, 6).

En la cruz Cristo con su muerte da muerte al egoísmo, al orgullo, al individualismo, es decir, al pecado. Expresión del pecado es precisamente el sufrimiento y el dolor. El sufrimiento nos aísla. Rompe toda relación con los otros.

Cristo en la cruz abre el camino hacia la unión, a la comunión. El mal nos encierra sobre nosotros mismos. La gracia nos hace salir de nosotros mismos. “La caridad es don, es ofrenda, es el ser mismo de Dios. El sacrificio, fruto y efecto de la caridad, es por lo mismo lugar de comunión. *“Quien ha nacido de Dios ama a su hermano”* (1 Jo 4, 7). La atención al otro en lugar de anonadarnos, nos construye. La esencia del sacrificio de la cruz es la caridad.

En el sacrificio no es el hombre quien, por medio de la víctima, hace un don a Dios para obtener de él un contra-don. Es Dios mismo quien da el don de la salvación, de la liberación del pecado con todo lo que éste incluye y lo da gratuitamente. Mediante este don que nos entrega, que es el don de su propia vida, quiere que el hombre posea la vida divina y se haga por lo mismo don, entrega a los demás; que la misericordia habite su corazón. Lo que Cristo pide desde la cruz es que aceptemos ser amor. “Si éramos perezosos para amarle, no lo seamos para corresponder a su amor” (Ep. Io. tr. VII, 7).

“El mismo hombre, consagrado en nombre de Dios y ofrecido a Dios, en cuanto muere para el mundo a fin de vivir para Dios, es sacrificio. Pues esto pertenece a la misericordia que cada uno practica para sí mismo. Por eso está escrito: *Compadécete de tu alma haciéndola agradable a Dios*” (Ciu. X, 6).

Conclusión

San Agustín fundamenta su pensamiento sobre el sacrificio en la misericordia, en la caridad. Este es para él el verdadero sentido de la muerte de Cristo en la cruz.

“Los verdaderos sacrificios, pues, son las obras de misericordia, sea para con nosotros mismos, sea para con el prójimo; obras de misericordia que no tienen otro fin que librarnos de la miseria y así ser felices; lo cual no se consigue sino con aquel bien, del cual está escrito: *Para mí lo bueno es estar junto a Dios*. De aquí ciertamente se sigue que toda la ciudad redimida, o sea, la congregación y sociedad de los santos, se ofrece a Dios como un sacrificio universal por medio del Gran Sacerdote, que en forma de esclavo se ofreció a sí mismo por nosotros en su pasión, para que fuéramos miembros de tal Cabeza; según ella, es nuestro Mediador, en ella es sacerdote, en ella es sacrificio.

Por eso nos exhortó el Apóstol a ofrecer nuestros propios cuerpos como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios, como nuestro culto auténtico, y a no amoldarnos a este mundo, sino a irnos transformando con la nueva mentalidad; y para demostrarnos cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, conveniente y agradable, ya que el sacrificio total somos nosotros mismos, dice: *En virtud del don que he recibido, aviso a cada uno de vosotros, sea quien sea, que no se tenga en más de lo que hay que tenerse, sino que se tenga en lo que debe tenerse, según el cupo de fe que Dios haya repartido a cada uno. Porque en el cuerpo, que es uno, tenemos muchos miembros, pero no todos tienen la misma función; lo mismo nosotros, con ser muchos, unidos a Cristo formamos un solo cuerpo, y respecto de los demás, cada uno es miembro, pero con dotes diferentes, según el regalo que Dios nos haya hecho.*

Éste es el sacrificio de los cristianos: unidos a Cristo formamos un solo cuerpo. Éste es el sacramento tan conocido de los fieles que también celebra asiduamente la Iglesia, y en él se le demuestra que es ofrecida ella misma en lo que ofrece” (Ciu. X, 6).

Jesús mismo, en el momento de instituir la Eucaristía en la tarde del Jueves Santo, dirá: “*Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios*” (Lc 22, 15-16). “*Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*” (Jn 13, 1). Y en la última Cena sustituye “el cordero pascual” por su propio cuerpo y su propia sangre (S. 374, 3) y se pone en nuestras manos, como nos entregó igualmente su vida en la cruz. “*Nadie me quita la vida soy yo quien la doy*” (Jn 10, 18).

“Así, pues, el verdadero sacrificio es toda obra hecha para unirnos a Dios en santa alianza, es decir, referido a la meta de aquel bien que puede hacernos de verdad felices. Y así, aun la misericordia con que se socorre al hombre, si no se hace por Dios, no es sacrificio. Pues, aunque sea hecho u ofrecido por el hombre, el sacrificio es una obra divina. Tal es el significado que aun los latinos antiguos dieron a esta palabra. De ahí viene que el mismo hombre, consagrado en nombre de Dios y ofrecido a Dios, en cuanto muere para el mundo a fin de vivir para Dios, es sacrificio. Pues esto pertenece a la misericordia que cada uno practica para sí mismo. Por eso está escrito: *Compadécete de tu alma haciéndola agradable a Dios*” (Ciu. X, 6).

